

El periodismo en Cuba: otra vuelta de tuerca*

Prácticas comunicativas y desafíos profesionales bajo el modelo de prensa socialista

Wilfredo Cancio Isla

EL PERIODISMO CUBANO ENFRENTA HOY UNA SITUACIÓN LÍMITE en la que se debaten sus opciones de sobrevivencia. La crisis económica de la isla ha traído drásticas consecuencias para los medios de comunicación. A partir de 1990, cuando el gobierno puso en práctica el primer corte a las publicaciones periódicas y espacios informativos, las restricciones han sido de un 80 por ciento en la circulación de la prensa escrita y casi de un 40 en la programación radial y televisiva. La tradicionalmente limitada circulación informativa dentro de la isla podríamos decir que atraviesa hoy por su etapa de *minimalismo*.

En términos cuantitativos, el reordenamiento de los medios de comunicación cubanos a raíz del denominado “período especial en tiempos de paz” ofrece cifras verdaderamente dramáticas.

Según datos oficiales, de las 733 publicaciones existentes en Cuba hasta 1990, sólo han continuado editándose 265; de ellas 212 son revistas y folletos de carácter científico-técnico, cuya circulación es vital para posibilitar el intercambio de información especializada por concepto de canje con universidades, bibliotecas y organismos internacionales. Sólo existe un diario nacional –*Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba– que se edita de martes a sábado, con ocho páginas en formato tabloide,

* Ponencia presentada durante el panel Política y Cultura en Cuba, en la 43ª Conferencia Anual de *The South Eastern Council on Latin American Studies*. Universidad Internacional de la Florida, Miami, 11-13 de abril de 1996.

pues los otros periódicos nacionales se han convertido en semanarios (*Juventud Rebelde* y *Trabajadores*) y los periódicos provinciales no sobrepasan, en la mayoría de los casos, una tirada semanal.¹

De las revistas canceladas a comienzos de los noventa, algunas han podido subsistir o reaparecer gracias a ediciones en el extranjero financiadas por instituciones académicas y culturales, o con donaciones de fundaciones y grupos de amigos. Otras han readecuado su perfil informativo y se orientan hacia el mercado del turismo, con ventas exclusivamente en moneda convertible. Durante 1995 aparecieron dos nuevas revistas, *Arte cubano* y *Contracorriente*, bajo los auspicios del Instituto Cubano del Libro, pero en todos los casos se trata de publicaciones con limitadísimo acceso al público nacional.

El uso de la fotografía periodística cubana –avalada por una sólida tradición desde los primeros años de la República– ha quedado reducido al mínimo de sus posibilidades ante la carencia de película, papel y espacio funcional.

En cuanto a la radio y a la televisión, el impacto de la crisis ha sido también demoledor. La programación televisiva se redujo a 135 horas semanales (con anterioridad eran 213) y en estos momentos los dos canales con cobertura nacional transmiten en el horario de 6:30 a 11:30 p.m., exceptuando los sábados, cuando se prolonga hasta las 2:00 a.m., con la tradicional presentación de un filme de medianoche –en el 85 por ciento de los casos de procedencia norteamericana. Los siete telecentros provinciales ofrecen una hora diaria de programación. Las transmisiones de radio han disminuido en más de 100 horas semanales en todo el país.

El noticiero ICAIC Latinoamericano, una popular revista cinematográfica semanal que durante los últimos treinta años acompañó las funciones de las salas de cine, desapareció por falta de recursos financieros y de equipamiento tecnológico.

Pero en realidad estas restricciones no son más alarmantes que otros problemas de fondo del periodismo cubano. Las limitaciones económicas y la crisis ideológica de la sociedad cubana de los noventa no han hecho más que acentuar el agotamiento del modelo comunicativo partidista –herencia de las concepciones leninistas acerca de la prensa–, que se aferra a la centralización de las decisiones y al control estricto de la información.

El estatismo del modelo de prensa cubano se sustenta en principios ejecutivos que revelan cada día más su inoperancia social y su pérdida de credibili-

¹ Nunca antes en la historia del país la prensa periódica había estado en una situación tan precaria. Durante los años cincuenta, que fueron de gran crecimiento y diversificación de los medios de comunicación nacionales, Cuba ocupaba el quinto lugar entre los países de América latina y el Caribe en cuanto a distribución per cápita de ejemplares de prensa: 70 por cada mil habitantes (Estadísticas de la UNESCO). En el Registro del Seguro Profesional de Periodistas de Cuba, de 1954, aparecen inscritos 19 periódicos y catorce revistas de La Habana, y otros 13 periódicos de localidades del interior del país, sin incluir en estas cifras publicaciones de tirada, circulación y permanencia limitadas, muchas de las cuales jugaron un importantísimo rol en el panorama cultural cubano de esos años.

dad pública. Se trata de un clásico *modelo ejecutivo de comunicación*², donde la información sólo es bien recibida (y aceptada) si contribuye a la ejecución de la política. Su funcionamiento –como sucedía en los países del bloque socialista del Este europeo– está basado en un esquema transmisivo lineal, verticalizado, con una concepción de los medios informativos como meros instrumentos ideológicos. Es importante apuntar que las críticas a este modelo se hicieron frecuentes en el propio sector periodístico cubano durante el último decenio y ya en 1990 el entonces presidente de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC) afirmaba que “el modelo que podemos llamar oficialista, apologético o unanímista (había agotado) sus posibilidades” (sic) y se hacía necesario intentar un camino propio.³

Durante largos años ha existido un reclamo latente entre los periodistas cubanos para favorecer su ejercicio profesional y diversificar los contenidos de los espacios informativos. Es curioso observar cómo los documentos programáticos emitidos por las instancias del Partido y el Gobierno con el propósito de impulsar estrategias informativas más adecuadas a las necesidades de la población, han sido sistemáticamente bloqueados por sus propios gestores con planteamientos tácticos de las funciones de los medios de comunicación, argumentando los “peligros de apertura” en coyunturas políticas comprometidas.

El llamado “síndrome del misterio” en el periodismo cubano (ocultamiento de información bajo censura deliberada con el pretexto de que *revelar deficiencias internas es entregar armas al enemigo*), ha sido la deformación burocrática de una actitud de fiscalización de los diversos niveles y dependencias gubernamentales en la vida del país. La llamada mentalidad de fortaleza sitiada ha generado durante años un temor colectivo a la revelación y a la diversidad expresiva, encubriendo toda información sensible y toda aparente divergencia en aras de la unidad frente a la inminente confrontación. Como ha observado Armand Matherlat, “el peligro de la racionalidad de la guerra es que es alérgica a la noción de contradicción. (...) Ninguna estrategia de guerra se construye a partir de la duda, la hipótesis, sino a partir de la creencia y las certidumbres”.⁴

Desde esa perspectiva paralizante, el discurso oficial ha subvertido la responsabilidad social de la prensa en un concepto de utilidad totalitaria. Definidos como *trabajadores ideológicos*, los periodistas cubanos han tenido que ejercer su función informativa bajo un férreo tutelaje de las disposiciones partidistas. El contexto inhibe la iniciativa personal y los intereses periodísticos quedan sujetos, en última instancia a la estrategia de conducción política.

² La definición pertenece al teórico Leonard L. Chu, que ha estudiado detalladamente el funcionamiento de los medios de comunicación en China. Ver Chu, Leonard: “De la Revolución a la evolución: treinta años de comunicación en China”. *Diálogos de Comunicación*, n.º. 24, junio 1989, pp. 50-59.

³ “En una cuerda fina y tensa” (Entrevista con Julio García Luis). *Juventud Rebelde*, 21 oct. 1990, pp. 8-9.

⁴ Matherlat, Armand: “La comunicación en Nicaragua: entre la guerra y la democracia”. *Estudios Sociales Contemporáneos*, n.º. 41, may-ago. 1986, pp. 25-25.

Según las resoluciones del Partido Comunista de Cuba⁵, la política informativa de cada órgano de prensa “corresponde de manera intransferible a su director”. Se trata de una de las bromas más colosales de la censura partidista, pues las designaciones de directores de órganos de prensa están regidas por la llamada política de cuadros, que prioriza el factor de confiabilidad político-ideológica por encima de las cualidades profesionales. Por esta razón, la historia más reciente del periodismo cubano acumula entre sus “cuadros confiables” a muchos burócratas acémilas –valga la redundancia–, cuya función esencial es servir de amanuenses de las directrices partidistas.

Es antológica la anécdota de la designación del primer director del periódico *Escambray*, en la provincia de Sancti Spíritus. Entre los candidatos para dirigir la publicación figuraban varios periodistas de formación universitaria con una trayectoria profesional notable, pero sin que hubieran demostrado fehacientemente su “firmeza ideológica”. Después de largas jornadas de consultas y aprobaciones, la dirección partidista optó por designar al frente de *Escambray* a una dirigente “confiable”, enfermera de profesión, cuyas credenciales eran su declarado disfrute de la lectura y su disposición a aprender los secretos del periodismo en el fragor del combate.

Las apelaciones de las instituciones estatales y partidistas a que se desarrolle un periodismo crítico han constituido parte fundamental del juego de la noria. Los documentos de los sucesivos congresos de la Unión de Periodistas de Cuba han declarado ese propósito con el respaldo de la dirección política del país, insistiendo en que la prensa debe ser una fuerza activa en la *solución* de los problemas nacionales.

Pero el requerimiento de que los trabajos periodísticos sobre deficiencias internas ofrezcan proposiciones concretas de cómo resolverlas, ha sido otra de las máscaras favoritas de la censura y de su derivación más estilizada, la autocensura. El axioma para neutralizar las visiones críticas de la realidad es muy elemental, pero resulta operativo para la estrategia del poder: el periodista no debe plantear problemas sin ofrecer posibles soluciones, evitando así insatisfacciones innecesarias en la población. Muchos artículos de prensa, emisiones radiales y reportajes televisivos con sentido crítico han terminado atenuando sus señalamientos después de consultas y sugerencias de los niveles gubernamentales o, simplemente han sido engavetados. Una de las alternativas que se pusieron en práctica durante los años ochenta ante casos como estos, constituía un verdadero contrasentido de la actividad periodística: el resultado periodístico no se difundía masivamente, sino que se iba a discutir con los responsables de la institución o el caso criticados.

De hecho, los esfuerzos de muchos periodistas por ejercer su función informativa con un enfoque científico y moderno, han tenido resultados fragmentados y discontinuos. Ha sido muy frecuente en el quehacer profesional

⁵ Acuerdo del Buró Político del Partido Comunista de Cuba del 4 de marzo de 1976, dado a conocer públicamente y discutido entre los periodistas.

de estos años, trastocar la actitud de búsqueda y replanteo del conocimiento en un acto pseudoinvestigativo mediante el cual el periodista se aproxima a la realidad a seleccionar ejemplos para validar una propuesta preconcebida sobre esa realidad y no para formular nuevas interrogantes a través de su investigación. La lección, los contratiempos a la hora de publicar o transmitir impone una etapa de incertidumbre –sobre todo si se trata de un joven periodista–, pero se llega a asumir con resignación: es más eficiente y menos conflictivo registrar sólo las respuestas previstas.

Si bien la crisis de los noventa ha potenciado una revitalización propagandística de los contenidos de la prensa con su consiguiente carga retórica, el panorama de los últimos cinco años merece una reflexión más amplia a partir de temas como los retos profesionales de los periodistas, el papel diferenciador de algunas publicaciones culturales, la formación de los futuros periodistas y el surgimiento de alternativas independientes del periodismo en Cuba.

Para comprender la situación actual de los medios de comunicación y de los profesionales del periodismo es necesario remitirnos a acontecimientos significativos de la segunda mitad de la década de los ochenta, que fueron indudablemente años de reactivación y dinamización para el pensamiento social y la vida cultural del país.

La crisis y el desmoronamiento de los regímenes de Europa del Este comprobaron la atrofia comunicativa de los sistemas de prensa del llamado “socialismo real”, desacreditando las concepciones miméticas que habían sido transplantadas a la experiencia periodística cubana. No puede olvidarse que el diario *Granma* llegó a publicar una sección titulada “De la vida del Partido” (tal y como lo hacía su colega soviético *Pravda*), mientras que en los documentos del IV Congreso de la Unión de Periodistas de Cuba se insta a estudiar “la rica y vasta experiencia de los medios de comunicación masiva de la comunidad socialista en el ejercicio de la crítica, fundamentalmente la de la Unión Soviética”⁶ para su aplicación en la prensa nacional.

Pocos años después, cuando soplaban los aires de la *glasnot* en la antigua Unión Soviética, las transformaciones ocurridas en publicaciones como *Sputnik* y *Novedades de Moscú* –ambas de gran circulación en la isla– recibirían un agresivo cuestionamiento de la dirección política cubana, que suprimió por decreto su entrada y distribución en el país. Sin embargo, las páginas de *Sputnik* y *Novedades de Moscú* habían esparcido ya un fermento emancipador y un claro mensaje para los periodistas cubanos.

La creciente influencia de Radio Martí a partir de 1985 y la agudización de las dificultades internas, silenciadas o escamoteadas por la censura partidista, pueden señalarse como factores que influyeron sobre las estructuras de poder y los colectivos profesionales para formular un proyecto de apertura informativa –se hablaba de una *nueva política informativa*–, definido en el documento *El periodismo en Cuba: situación actual y perspectivas* (1986).

⁶ Memorias del IV Congreso de la UPEC. Editora Política, La Habana, 1981.

Esta nueva política informativa planteaba, en esencia, el otorgamiento de mayor autonomía a los órganos de prensa, acceso real a las fuentes de información y respeto por los intereses de actualidad de la ciudadanía, y permitió circunstancialmente la aparición de algunos artículos y programas con una perspectiva de ejercicio polémico en relación con temas considerados tabú. La demostración de su inviabilidad en la realidad cubana constituyó acaso una de las más rotundas decepciones para el sector profesional, que había apostado hasta entonces por una apertura informativa como un proceso necesario para las radicales transformaciones que necesitaba el país.

Hacia 1988, en una encuesta interna del Centro de Estudios de los Medios de Comunicación Masiva (CEMEDIM)⁷, el 66,6 por ciento de los más de 500 periodistas cubanos entrevistados dijo sentirse insatisfecho con la aplicación de la política informativa. El 97,2 por ciento consideró que en el medio donde laboraban era difícil ejercer un periodismo de nuevo tipo, mencionando como dificultades la censura, la presión de las instituciones criticadas y la ausencia de respuestas a sus expectativas profesionales.

Durante una investigación que dirigí en 1991 sobre el proceso de producción de noticias en el Noticiero Nacional de Televisión⁸ —el espacio informativo de mayor audiencia del país—, el 24,3 por ciento de los periodistas dijo tener preferencia por cubrir informaciones (*make-news*) sobre afectaciones cotidianas de la población, pero paradójicamente la lista de prioridades se concentra en reuniones políticas, resultados productivos, planes económicos y actividades de la juventud comunista (UJC). La elección de los acontecimientos noticiables —según los propios entrevistados— se hacen a instancias de las fuentes informativas y muy pocas veces son resultados de una búsqueda personal activa.

En cuanto a los *valores-noticias* (requisito que deben cumplir los acontecimientos para ser procesados y convertidos en ítems informativos en el Noticiero de TV), un 19,1 por ciento considera, en primer lugar, la trascendencia político-ideológica, por encima de los valores de actualidad e interés humano, en virtud de que los criterios de selección hacen prevalecer los hechos que genera el sistema político. Sobre el punto de exclusión de acontecimientos en la agenda noticiosa, el 22 por ciento mencionó como causa a agentes externos (personas que no trabajan en el medio), que presionan para que no se ofrezcan cobertura a ciertos temas.

En definitiva, el derecho a la información del ciudadano cubano —escamoteado en el Artículo 53 de la Constitución de la República⁹ de 1992— se ha re-

⁷ Encuesta sobre la marcha de la política informativa, CEMEDIM, 1988 (Documento mimeografiado).

⁸ BARREDA, LISBET, ROLANDO NÁPOLES y ROLANDO SEGURA: *La construcción de la noticia en Cuba*. Trabajo de Diploma para la Licenciatura en Periodismo, facultad de Comunicación, Universidad de La Habana, 1991.

⁹ El artículo 53 de la Constitución de la República (1976) que fue reformada en 1992 dice: “Se reconoce a los ciudadanos libertad de palabra y de prensa conforme a los fines de la sociedad socialista. Las condiciones materiales para su ejercicio están dadas por el hecho de que la prensa, la radio, la televisión, el cine y otros medios de difusión masiva son propiedad estatal o social y no

ducido a la elección entre una escasísima variedad de lo mismo, lo que lo ha llevado a optar por otras fuentes informativas para configurar una imagen del mundo y de la realidad nacional.

Dentro del panorama de los noventa es importante señalar el papel desempeñado por publicaciones socio-culturales, editadas por instituciones artísticas y centros de investigación. Aunque sin un acceso masivo a la población, revistas como *La Gaceta de Cuba* y *Temas* han logrado desmarcarse un tanto del control oficialista e incluir en sus páginas artículos que problematizan la realidad del país desde una perspectiva más analítica, eludiendo el lenguaje panfletario agitativo de los periódicos y espacios informativos de mayor circulación y audiencia. No es de extrañar que en el más reciente informe del Buró Político del Partido Comunista de Cuba se ataque a un grupo de esas publicaciones, afirmando que éstas han incluido en sus páginas materiales que “apenas se diferencian de los que hacen académicos norteamericanos enemigos de la Revolución (sic), con un lenguaje supuestamente revolucionario que parece destinado a servir de cortina de humo a sus verdaderas intenciones”¹⁰

Pero el acontecimiento más relevante del período lo constituye el surgimiento y proliferación de asociaciones de periodistas independientes. La inmensa mayoría de estas agencias y grupos de trabajo están integrado por profesionales del periodismo que durante años laboraron en los medios de comunicación oficiales y muchos de ellos acumulan una vasta experiencia periodística; sus reportajes y artículos asumen temas y enfoques excluibles de la agenda informativa del Estado.

El auge del movimiento de prensa independiente ha recibido como respuesta gubernamental la prohibición y las represalias por asociación ilícitas. El periodismo no se incluye entre los más de 160 trabajos por cuenta propia autorizados en los decretos-ley de 1995, por lo que el desafío frontal de estos periodistas al mecanismo centralizado de la información es considerado un doble desacato a la autoridad.

Las redes de periodistas independientes, organizados en agencias como Cuba Press, Habana Press, Patria y Buró de Prensa Independiente de Cuba, funcionan en condiciones desfavorables, bajo asedio y vigilancia. Algunas agencias han llegado a agrupar hasta 30 reporteros, que envían informes manuscritos, mecanografiados o por teléfono a una oficina receptora, emplazada en la vivienda particular de alguno de sus miembros. Como no hay posibilidad de circulación interna de esas informaciones, los despachos son enviados al exterior por vías diversas y ya han comenzado a localizarse en INTERNET a través de los servicios de CubaNet, una red de voluntarios que proporciona información desde Miami y España.

pueden ser objeto, en ningún caso, de propiedad privada, lo que asegura su uso al servicio exclusivo del pueblo trabajador y del interés de la sociedad”. *Constitución de la República de Cuba*, Editora Política, La Habana, 1992, p. 26.

¹⁰ Informe del Buró Político. *Encuentro*, verano de 1996.

Cuba cuenta actualmente con más de tres mil periodistas, la tercera parte de ellos comprendidos entre las edades de 25 a 45 años. Un sesenta por ciento de la cifra total son graduados universitarios. Me parece necesario insistir en que no se trata de una masa amorfa, homogénea y fácilmente manipulable, sino de profesionales que forman parte de una dinámica extremadamente compleja y fiscalizada. No puede olvidarse que entre ellos también se destaca una notable cantidad de jóvenes creadores egresados de la Licenciatura en Periodismo, quienes se han formado con inquietudes intelectuales de más amplia perspectiva.

El rediseño del actual modelo comunicativo es uno de los retos esenciales que tiene ante sí la sociedad cubana en medio de las grandes penurias e incertidumbres sobre el futuro de la nación. Para el ciudadano cubano de hoy, cansado de las promesas y las consignas moralizantes que han atiborrado los medios de comunicación en los últimos 37 años, carece de sentido una participación en la vida política que no pase por su posibilidad de discusión y acceso libre a la información.

PASADO PRESENTE



Ama de casa, 1952. Constantino Arias